

## Una huella que nunca sanará

*Andrea Valencia C,<sup>1</sup>*

"Estos días tan fríos y opacos son los que me ponen pensativa, triste y temerosa. La depresión me invade y cada vez confirmo más que mi vida es un desastre. Casi todos mis recuerdos son amargos; en otras palabras, puedo contar con los dedos de mi mano los momentos felices que he pasado. Ahora tengo que refugiarme en esta pequeña casa junto a mi madre para que la policía no logre saber mi paradero.

"Carmen, mi madre, una mujer de origen mexicano, conoció a mi padre en Tijuana. Al poco tiempo de establecer una relación sentimental, mi mamá se fue a vivir a San Diego, donde él residía. Meses después quedó embarazada. Todo era felicidad hasta que mi padre, que trabajaba en la base aérea de esa ciudad, tuvo que ir a una guerra en 1991. Y nunca volvió':

Al irse su marido, Carmen quedó completamente sola. Con el tiempo, al no tener noticias de él, fue a la base a averiguar su paradero. Allí le informaron que había salido hacía varias semanas de la guerra por una lesión en su brazo izquierdo y que lo más probable era que estuviera en su casa descansando. En ese momento Carmen comprendió que había sido engañada y abandonada. Se sentía desesperada al no tener dinero ni comida. Le daba mucho miedo buscar trabajo, ya que no tenía documentos legales que le permitieran permanecer y laborar en Estados Unidos.

"Cuando mi madre venció el miedo, empezó a buscar empleo. Rápidamente encontró una persona que le dio la mano: Camilo, un hombre que le salvó la vida, pero me la acabó a mí. Comenzó a trabajar para él en un autoservicio y al cabo de cuatro meses ya eran pareja. Ella estaba muy agradecida con él, no sólo porque le dio empleo, sino también porque la aceptó con hija y todo':

---

<sup>1</sup> Cali, 1984. Estudiante de Administración de Empresas, Universidad Icesi, Cali.

Carmen se mudó a la misma casa con Camilo. Tuvieron a Wendy en buenas condiciones, pues en ese momento contaban con una economía estable. Pero realmente esta bebé no significaba una bendición en la vida de su madre, ni mucho menos en la de Camilo.

Wendy había llegado al mundo porque así se habían dado las cosas y Carmen no se sentía capaz de quitarle la vida a un ser humano.

"Con el tiempo me di cuenta que aunque mi mamá respondía por mí y me daba algunos gustos, yo no era totalmente de su agrado. Mi niñez estuvo llena de maltratos, tanto físicos como verbales. Recuerdo claramente cuando se enfadaba conmigo por cualquier cosa y, mientras me pegaba con lo que encontraba, me repetía: 'Es que por tu culpa fue que tu papá me abandonó: Claro, ella estaba convencida de que papá no había vuelto porque no estaba ni preparado, ni interesado en tener un hijo en ese momento. En esa época me gustaba estar en la escuela con mis compañeros y profesores.

A pesar de que era muy pequeña para comprender lo que me estaba pasando, trataba de evadir esos problemas y disfrutar los momentos fuera de casa".

Cuando Wendy cumplió diez años sus noches estaban invadidas de temor y tristeza porque Camilo, su padrastro, abusaba sexualmente de ella.

"Me desarrollé rápidamente, pero aparte de que los niños me asediaban en la escuela, no creí que esto contribuiría a generarme algún otro problema. Camilo, en vez de mirarme con ojos de padre, comenzó a tratarme morbosamente. Al comentarle a mi madre de la desconfianza que me generaba, lo único que me dijo fue que era imaginación mía y que cómo se me ocurría pensar eso de un hombre tan serio que lo único que me había brindado era su cariño. Cada noche penetraba mi vagina, ano o boca con cualquier objeto, sin mi consentimiento; era horrible, asqueroso. Siempre insertaba sus dedos en mis órganos sexuales y me mostraba los suyos morbosamente':

El abuso de su padrastro se producía de forma repetitiva, noche tras noche. Una de las razones para que esto sucediera era que Camilo no tenía mucha comunicación con Carmen, debido a que ella atendía toda la noche el autoservicio, y él estaba en el turno de la mañana. Pasaba mucho más tiempo con Wendy.

"Los sentimientos que en ese momento mi familia me transmitía eran de desconfianza, miedo, hostilidad, pero sobre todo de odio.

Esto mismo me producía vergüenza, culpabilidad, baja autoestima y efectos de depresión como ansiedad y angustia. El insomnio era frecuente en mi vida. Estaba horronzada. Mi alimentación variaba y estos problemas empezaron a verse reflejados en la escuela, pues perdí el interés, la concentración y el buen comportamiento. Traté de suicidarme en varias ocasiones y se me hacía realmente difícil relacionarme con mis compañeros, especialmente con los hombres."

Miss Rogers, la maestra de Wendy, la observaba constantemente. Notó sus cambios y comenzó a realizarle todo tipo de preguntas acerca de su relación familiar. Por supuesto, ella presentaba que este era el origen de su problema. En un principio Wendy sentía desconfianza, no quería revelar su triste secreto. Pero poco a poco su maestra fue convirtiéndose en una amiga y al mismo tiempo en su gran apoyo.

"Por mucho tiempo traté de evadir las preguntas de Miss Rogers. Al conocerla más a fondo decidí contarle toda la verdad. Es una gran persona.

Desde el mismo momento en que se enteró de mi realidad, trató de solucionar el asunto. Acudimos a servicios de protección a menores y me obligaron a hablar con una trabajadora social. Tuve que contarle todo al pie de la letra. No recuerdo cuántas horas estuve en ese cuarto con ella, pero tardé casi todo un día. Inmediatamente diligenciaron una orden en la que se mandaba que no podía permanecer más tiempo junto a mi madre y Camilo. En ese momento me sentía confundida y temerosa. Agradecí a mi maestra lo que había hecho por mí, pero al mismo tiempo me cuestionaba si había hecho lo correcto':

Al terminar su historia le comunicaron que Camilo sería arrestado. Sintió un gran alivio al pensar que llegaría a su casa y viviría sola con su madre, pero estaba totalmente equivocada. Aunque Camilo fuera a la cárcel, ella permanecería en servicio de protección a menores. Al cabo de dos días fue trasladada a un instituto de Bienestar Familiar en el norte de California.

"Este suceso me desestabilizó mucho. Me sentía desubicada, tenía miedo de lo que ocurriría conmigo. Sin embargo, al entrar al Instituto percibí un ambiente de paz, algo que no sentía desde hacía mucho tiempo.

El lugar era muy bonito. Todas las personas me recibieron con una sonrisa. Y lo que me llenó de felicidad fue que había bebés, niños y adolescentes como de mi edad. Y casi enseguida logré adaptarme':

Wendy se sentía tranquila y a gusto en ese lugar; compartía con personas que atravesaban por situaciones similares, y por esa razón no la juzgaban, sino que la apoyaban. En su nuevo hogar estudiaba, hacía deporte y recibía diferentes tratamientos psicológicos, así como actividades pedagógicas. Para divertirse realizaban pequeños paseos dentro de la ciudad y cada mes preparaban una fiesta para recolectar dinero.

"Con el pasar del tiempo comencé a aburrirme. No veía a mi madre desde que había entrado al Instituto. Aunque no me brindó apoyo cuando tanto lo necesitaba, la extrañaba. En ese lugar siempre hacíamos las mismas cosas. No nos dejaban salir a la calle, a restaurantes y mucho menos a un centro comercial. Me hacía falta todo eso. La comida desmejoraba día tras día.

Fuera de eso nos obligaban a limpiar los pisos, paredes, ventanas, patios y demás lugares del edificio':

Los días eran cada vez más amargos. Wendy ya no quería comer. Hacía sus labores eficientemente pero permanecía en silencio. Se le acabó la alegría, la motivación y el coraje. Ya no mostraba interés por las sesiones psicológicas como antes. Lloraba constantemente. Pedía a gritos a su madre, pero las leyes no permitían contacto alguno entre ellas.

"Aunque ya no me gustaba vivir en ese lugar, seguía haciendo las actividades diarias. De esta forma mantenía mi mente ocupada y le colaboraba a la gente del Instituto, pues ellos me dieron la mano. Era lo único que me hacía olvidar las cosas malas que me sucedían. En una de las fiestas que hacíamos cada mes conocí a Héctor, el hijo de una de las enfermeras. Desde que lo vi me transmitió mucha confianza. Al cabo de unas semanas comenzó a trabajar en el Instituto colaborando con las tareas fuertes.

Seguimos hablando durante mucho tiempo. A medida que lo conocía más me empezó a gustar su forma de ser.

Era el único hombre que me había tratado realmente como una persona valiosa. Le conté toda mi historia y se mostró muy comprensivo. Me brindaba mucho amor y su compañía me reconfortaba.

Me daba fuerzas para seguir adelante. Poco tiempo después ya éramos novios. Obviamente, en secreto".

A Wendy le tomó mucho tiempo volver a confiar en un hombre. Poco a poco, Héctor fue llenando su corazón del amor que tanta falta le hacía. En el Instituto no le faltaba comida, estudio y mucho menos compañía. Sin embargo, emplearon mucho tiempo planeando la huida.

"Gracias a Dios contaba con el apoyo de Héctor. Sentía que sola no lograría nada. La fuga sucedió en la siguiente fiesta. Mientras todos estaban felices participando de los juegos y bailes aprovechamos para saltar el muro trasero. En ese momento no había policías porque el clima los obligaba a estar dentro del Instituto. La noche estaba muy fría. Llovía fuertemente. El muro estaba tan resbaloso que me caí como tres veces; me raspé los pies y las rodillas. No creí que saldríamos de esa. Afuera nos estaban esperando unos hondureños, amigos de Héctor. Nos llevaron a su casa, en Escondido, un pueblo que queda más o menos a tres horas de donde nos encontrábamos. Allí comimos, descansamos y nos organizamos':

A pesar de que Wendy y Héctor no sabían qué harían para sobrevivir, estaban felices de haber salido de ese lugar. Decidieron seguir adelante sin importar lo malo que pasara. Rápidamente, Héctor encontró un empleo en una constructora. No pagaban muy bien, pero por lo menos les alcanzaba para comprar lo necesario.

"Me aburría mucho en casa. Mientras Héctor temía que salir a trabajar, me tocaba quedarme haciendo nada. La policía me buscaba por todas partes. Como yo era menor de edad, según el gobierno y las leyes federales debía permanecer en el Instituto hasta los dieciocho años. Me rehusaba a hacerlo y prefería vivir escondida que volver allá. Tuve que cambiar mi apariencia física y hasta mi nombre. Me tinturé el pelo de negro, tatué mis cejas y mi nuevo nombre era Clemencia. En varias ocasiones traté de comunicarme con mi mamá, pero fue imposible".

Fueron muchas las veces en las que Wendy logró escabullirse de la policía. Cada día tomaba personalidades diferentes. El amor parecía vencer todos los obstáculos que se les presentaban. Pero fue este mismo amor el que marcó la separación.

"Todo parecía ir muy bien entre Héctor y yo, pero pasó lo que tenía que pasar: un retraso. Mejor dicho, un embarazo evidente. No sabía qué hacer. Estaba desesperada. Me preocupaba la reacción que podría tener. Cuando estuve segura le conté, así sin anestesia. No pensé que se fuera a enojar tanto. Creí que me amaba. Y quién no, con todo lo que hizo por mí. El hecho fue que con esa noticia descubrí cómo era él en verdad. Me gritó lleno de ira: 'Ignorante, es que ni de tu padrastro, ese hijo de puta que te lo metió tantas veces, te dejaste preñar'. Lo único que podía hacer era llorar. Por segunda vez mi alma se desvaneció. Estaba destrozada. Para mí fue más traumática esta situación que la que ya había vivido con el abuso. No sabía qué hacer, ni para dónde pegar':

Observando la desolación que vivía Wendy en ese momento, Héctor decidió disculparse, pero nada cambiaría sus palabras. En ese instante ella llamó a Lucy, la hermana de Héctor, para que la ayudara. Al día siguiente se mudó con ella, quien la recibió con los brazos abiertos. A Héctor parecía no importarle lo que pudiera pasar con Wendy y su bebé. Esto era muy extraño. ¿Cómo un día alguien arriesga la vida para salvarte y al otro día te deja completamente sola?

"La única solución que Héctor me daba era recurrir al aborto. Aprovechaba que en California este crimen era legal y gratis, para salir del problema. No le importaba lo que yo estuviera sintiendo. Yo me negaba a matar mi bebé. Si había superado mi vida pasada que era un desastre, cómo no podía superar esto. Lucy me apoyaba en todas mis decisiones. Fue como una madre para mí. Pero no podía vivir sin el apoyo del padre de mi hijo. Por otro lado la policía cada vez estaba más cerca de mí. En medio de mi desesperación me dejé llevar de la presión de Héctor y tomé la decisión terrible de abortar. Me sentí como lo peor, una asesina, eso es lo que era. Pero no había más alternativa.

Si no me podía esconder sola, mucho menos con un bebé en la barriga".

Poco tiempo después de recuperarse de este suceso, Wendy volvió a cambiar de apariencia y de nombre: empezó a llamarse Penélope. Decidió ir a vivir a la casa de unos amigos de Lucy, a unas horas de Escondido. Con su nueva identidad consiguió empleo como mesera de un restaurante. Le iba muy bien y estaba recuperándose emocionalmente, hasta que regresó el peligro. La policía seguía su rastro y

algunas personas empezaron a reconocerla a pesar del cambio en su apariencia física.

"Tuve que esconderme durante dos meses. Era un infierno. No salía ni a la puerta. La policía ya estaba en Cima de mi. La única solución que encontré fue llamar a mi madre. Hacía mucho no sabía nada de ella; las personas con las que vivía en ese momento me ayudaron a contactarla. Mi mamá estaba completamente arrepentida. Y en ese mismo instante mandó a un amigo a que me recogiera. Al día siguiente ya estaba viviendo de nuevo con ella. Las cosas fueron diferentes. Ella tenía una situación económica buena, pero también le tocó cambiar su apariencia e identidad. En este momento vivimos bien pero siempre evadiendo a la policía. Es muy incómodo. Aunque no soy feliz del todo no le pido más a la vida. Lo único que sé es que las cosas van llegando de acuerdo a los esfuerzos realizados. Tan solo soy una adolescente pero la vida me ha hecho crecer y madurar rápidamente. A pesar de que ahora me recupero lentamente y me siento un poco estable, tengo claro que el abuso y el abandono son una huella que nunca sanará en mi vida".

Junio de 2004